

Me dice un amigo italiano que en España nos preocupa más la cultura que a los italianos, pero yo no estoy tan seguro. Tres años después de una larga carta tratando de explicar lo que para mí representa la Música, encuentro que el problema de nuestra sociedad es de apreciación del Arte en general, y se me ocurre que la democracia occidental de nuestros días supone un ataque frontal a la cultura construida en nuestro ámbito durante 25 siglos (por cierto, que el uso de mayúsculas o minúsculas en las palabras “Arte” y “Música” en este texto es siempre intencional). Trataré de explicar mejor por qué creo que el Arte en general, y la Música en particular, no encuentran popularidad entre nuestro público, a la entrada del siglo XXI, aunque se supone que es el más educado de la historia. No solamente es la afición por el Arte minoritaria, sino que lo es cada vez más.

Los artistas y compositores sinceros continúan produciendo “obras de arte”, porque creen que el Arte enriquece la vida, lo cual supone una creencia implícita en la existencia de criterios abstractos de valor. Esta creencia, casi religiosa, en el Arte, no está de moda hoy en día, y sin embargo se encuentra en la base del

esfuerzo creador occidental durante largo tiempo. Según esta creencia, un Goya colgado en una caverna oculta sigue siendo una obra maestra aunque nadie la vea, la Novena de Beethoven es una genial sinfonía aunque no se interprete, y Kafka era ya un gran escritor al morir, aunque nadie lo reconociera entonces. Es la creencia que subyace tras la decisión de obligar a los estudiantes de literatura a leer a Góngora. Se consideraba que era importante conocerle, tanto si te gustaba como si no.

Si creemos en el valor intrínseco del Arte, entonces el gusto y el éxito social son de importancia secundaria. Si, por el contrario, tomamos la aceptación

social como medida del Arte, entonces nada que se componga fuera de los “40 principales” tiene posibilidad de perdurar.

El sistema de producción

sea un tío guapísimo, como que el maquillador y el modisto de la violinista Anne-Sophie Mutter la presenten en programas y cubiertas de discos como a una

exhibiciones del Guggenheim, sobre motocicletas o sobre los diseños de Armani, que nos hacen preguntarnos a la salida por el “valor intrínseco” del arte que hemos visto...

Antonio López o John Cage, respectivamente, han probado que se puede apreciar estéticamente un cuadro hiper-realista de un lavabo sucio, o la supuesta música del ruido del tráfico, así que todo está ya abierto a la “ordenación subjetiva” del Arte: Siguiendo las reglas del mercado (el cliente siempre tiene la razón) ahora podemos dejarle elegir, y programar o adaptar la obra de arte a su gusto individual y específico. La tecnología ya permite que programemos un DVD para que ofrezca el final de la película que más nos guste, o se extienda sobre los personajes que más nos interesen.

Así nos convertiremos pronto todos en “artistas” que diseñen su propia experiencia artística... ¿o destruiremos el concepto de Arte tal como lo hemos construido?

No se trata solamente de que el rey Don Juan Carlos dé ejemplo aburriéndose en un concierto clásico al lado de la melómana reina Sofía (cosa que, por cierto, hace tiempo que no hace): Todo el mundo, secretamente, ha pensado hasta casi hoy que si no saca algo de una obra supues-

tamente “difícil”, el problema es suyo, y no le gustaba presumir de disfrutar lo más accesible como lo mejor. Eso era como un signo de superficialidad. Se buscaba, por tanto, “saber más” de algo para descubrir algo más “interesante”.

¿Qué sucederá si abolimos los valores intrínsecos, y la gente se abandona a disfrutar simplemente “lo que le gusta”? Pues que si no nos gusta este canal, pasaremos rápidamente a otro, y si no hay nada de interés en ninguno, la búsqueda misma se convertirá en nuestra actividad. La lección que muchos han sacado de López o Cage ha sido que son equivalentes en valor, digamos, a Velázquez o Mozart. La lección que

¿HAY FUTURO EN EL ARTE?



Por Juan A. Álvarez



La Orquesta Filarmonica de Viena, en la Musikverein.

La lección que deberían sacar es que el Arte exige entregarse a la visión del artista

modelo. Luego resulta que el Sibelius de Salonen es más que aceptable, y que el violín de Mutter suena como los ángeles. Pero para cuando descubrimos eso, ya hemos pasado por dos

deberían sacar es que el Arte exige entregarse a la visión del artista. López nos desafía a que encontremos la belleza de su lavabo como si fuese una bordadora de Vermeer, y Cage nos obliga a concentrarnos en el ruido del tráfico como si de Schubert se tratase.

La mayor parte del Arte que se produce es una birria. Hoy, y en el pasado. Por sorprendente que esta afirmación pueda resultar, creo que es cierta. ¿Cuántos se han quedado en el cedazo del tiempo y de la crítica para que nos lleguen Dante, Bach, o Rembrandt? ¿No se morían los aficionados de la ópera por Meyerbeer en el siglo XIX, antes de que Wagner se rebelara contra su estilo pomposo y vacío? ¿Y donde está Meyerbeer hoy? La ventaja del Arte de siglos pasados frente al arte contemporáneo, es que aún no hemos tenido tiempo de decidir lo bueno de éste, y tenemos que soportar todavía incontables majaderías que habrán desaparecido antes de que lleguen nuestros biznietos. Es seguro que se han producido más obras maestras en los últimos 20 años que en los últimos 20 años del siglo XIX (la población del mundo es mucho mayor, y está mucho mejor educada). Pero no nos lo parece, porque están diluidas en cantidad de morralla.

Esto nos obliga a un enorme esfuerzo, no solo cuantitativo, sino cualitativo también: Tenemos que tratar de ver y oír todo lo nuevo con ojos y oídos frescos, concentrados y atentos. Las obras difíciles, las de punta, las producidas por los más preparados, se nos escapan si no lo hacemos. James Joyce, o Arnold Schoenberg nos exigen mucho más que Harry Potter, o “El Dabubio Azul”. Por eso nuestra cultura ha sido siempre, por esencia, anti-democrática. Alguien que sabe más que nosotros, y en quien depositamos nuestra confianza, nos evita el proceso de criba y nos invita a disfrutar de lo mejor. No digo que ese sistema haya sido, o sea hoy, perfecto,

pero me parece que dejar el Arte a merced del mercado, abierta y democráticamente, conducirá al “arte personalizado”, o lo que es lo mismo, a la desaparición del Arte. En Música, esta democratización es la que ha marcado (por primera vez en la historia) una diferencia entre lo que se llama “clásico” y el resto: Primero el jazz, luego el rock, y ahora la superabundancia de esa ciénaga pop... ese área musical entró en el tobogán comercial que ahora denuncia a partir, más o menos, de 1950. Y así, esta música se separó de la Música.

El tema que empieza a aflorar en esta carta es el de la influencia mutua de causa y efecto entre el arte por un lado, y la ciencia, la economía, la sociedad, y la política por el otro. Ayer mismo tuve que oír de labios de un amigo de muchos años, persona

sus conexiones sociales en las distintas culturas que nos han precedido?

La conexión de la ética con la estética se ha establecido firmemente hace mucho. Todos los grandes imperios del mundo han sido precedidos, y se han desarrollado, a través de un fenómeno artístico de primer orden. Es impensable el auge del imperio romano sin el Arte griego del siglo de Pericles, del que se consideró legítimo heredero. Ni el imperio español habría llegado a nacer sin el Renacimiento italiano que lo inventó, ni sin él habría dejado su Siglo de Oro detrás. Ni el imperio británico habría sido lo mismo sin Shakespeare, figura monumental en la historia de Occidente, bebiendo en fuentes clásicas e italianas, que además configuró casi por sí solo el gran idioma inglés de nuestros días.



Grupo de rock Kiss, en la Arena Monterrey.

Pido que vuelvan a ser el Arte y la Música un acto de fe, no uno de ventas y manipulación

Ni la convulsión europea y el desarrollo industrial del siglo XIX, con el fenómeno norteamericano (que es una prolongación europea) como punta de lanza, habría sucedido sin el Romanti-

cismo alemán.

Damos por hecho con demasiada facilidad que el Arte occidental se ha producido, y que ha llegado hasta nosotros. Pero esa es la más improbable de todas las alternativas que existían al comienzo de su andadura. De hecho, el Arte occidental es la excepción a todos los demás artes inmutables que en el mundo han sido, y yo propongo que ha sido precisamente su mutación la que ha impuesto la noción de progreso a toda nuestra cultura. El progreso nos ha traído paz social, libertad económica y democracia política, nuestro mejor momento en veinticinco siglos. Bueno para casi todo, menos para el Arte... Los egipcios eran felices con un mismo Arte durante tres mil años. Los chinos o indios no ven razón de cambiar el suyo. Los rusos producían hasta el bolchevismo (que ya no produjo nada) los mismos iconos que heredaron de Bizancio. Y así hasta el infinito, desde los Yoruba de Nigeria, hasta los Innouit de Canadá. Solo se mueve Occidente, rodeado de la quietud Zen del resto. ¡Y aún creemos que nuestro Arte es y será figura permanente de nuestro paisaje! No vemos el grave peligro que corre.

Yo quiero hacer hoy, desde mi pequeño rincón, un esfuerzo por defenderlo. Pido que vuelvan a ser el Arte y la Música

un acto de fe, no uno de ventas y manipulación (ni siquiera por el consumidor). Esa fe requiere rendirse ante el artista creador, o ante el crítico ilustrado. Y esa rendición, curiosamente, es mucho más difícil que la subjetivización del arte. Por esa fe, aceptamos que existe la posibilidad de que algo cambie en nosotros por la influencia de una obra que se nos propone. Y ésa, precisamente ésa, es la capacidad rectora del Arte.

Juan Antonio Álvarez es ingeniero químico y consultor industrial, especializado en refino de petróleo. Aficionado al Arte y a la Historia, ha sido presidente de una pequeña compañía de ópera en los Estados Unidos.